

Los conquistadores consintieron en esta ocasion por la vez primera, en poner límites á la conquista; podian retroceder hácia el Danubio, pero no avanzar. Allí comenzaba para el imperio otomano una retirada moral á sus límites definidos; dudaba de sí mismo, y enseñaba á sus enemigos á esperar con mas confianza y atreverse contra él mucho mas. El tratado de Carlowitz, celebrado un siglo despues, le marcó el espacio desde donde habia retrocedido.

Sin embargo, este tratado honró á la diplomacia otomana y á su principal plenipotenciario Murad, apellidado el *Perforador de pozos*, á quien el sultan acababa de elevar al rango peligroso de gran visir.

LIBRO VIGÉSIMO CUARTO

I

La paz de Sitvatorok permitia al nuevo gran visir emplear todas las fuerzas del imperio en la represion de las revueltas que se perpetuaban en Asia desde la gran rebelion de Karayazidji (el escritor negro), y en la frontera de Persia, cada vez mas amenazada por Schah-Abbas.

Murad, el *Perforador de pozos*, partió con lo selecto del ejército para Alepo, apénas habia organizado su gobierno en Constantinopla.

Alepo se hallaba en el corazon de las dos insurrec-

ciones que agitaban la Caramania y la Arabia. Los hijos de Karayazidji, puestos á la cabeza de las bandas de su padre, devastaban toda el Asia Menor desde Adana y Koniah hasta Brusa. Un caudillo de los kurdos, tribu independiente y belicosa entre la Persia y la Turquía, llamado Djanbulad, invadió la Mesopotamia. Un emir druzo del Líbano, el célebre Fakhr-el-Din, conocido entre los europeos por el nombre de Facar-Din, se formaba un verdadero imperio en Siria á fuerza de heroísmo, de política y de inteligencia. La familia de Djanbulad, (en árabe, alma de acero) habia sido nombrado por el último seraskier Cicala-bajá gobernador de Alepo. Cicala, vencido y refugiado en esta ciudad, habia dado de puñaladas al primer Djanbulad, para vengarse de las traiciones, que le imputaba haber cometido durante la campaña. Alí, hermano del kurdo asesinado, habia saqueado á Alepo, sitiado á Tripoli en Siria, alistado treinta mil kurdos sirios, aventureros de todos los países, y ocupado con este ejército nómada á Damasco, la gran capital de la Mesopotamia, á consecuencia de la irritacion que le habia causado el inicuo asesinato de su hermano. Ocho mil ginetes del desierto, divididos en seis escuadrones y llamados los guardias de corps del estandarte, formaban el núcleo movable del ejército del kurdo.

El gran visir habia negociado con los jefes secundarios de los rebeldes, sometido á los otros, y hecho matar á muchos á traicion, arrojando sus cadáveres á los pozos. Este sepulcro dado por Murad á los rebeldes habia confirmado su epíteto de *Perforador de pozos*, que recibió de los soldados en la derrota de Persia, por haber caído con su caballo en uno que habian abierto los persas bajo los muros de Tauris.

Koniah, dominada por Ahmed-Beg-Serradjazade (el hijo del sillero), jefe insumiso, le habia abierto sus puertas. Sus habitantes, contentos con el gobierno de este caudillo, que conservaba la paz despues de haberla subyugado, rogaron al gran visir que dejara de gobernador á Ahmed-Beg, mientras iba á pacificar la Siria. Murad-bajá fingió acoger favorablemente la súplica, é hizo venir al divan por medio de un salvo-conduclo á Ahmed-Beg y á los principales de la ciudad.

« Quiero, le dijo, confiarte la guardia de Koniah durante mi expedicion contra Alí-Djanbulad; pero si llego á necesitar refuerzos, ¿ cuántos hombres podrás darme? »

— Treinta mil, sin dificultad, respondió Ahmed-Beg. El gran visir lo despidió despues de esta promesa, colmándolo de felicitaciones y de honores.

Pero cuando el jefe de los rebeldes hubo salido del

divan, el visir, volviéndose hácia sus consejeros y hácia los habitantes de la ciudad que intercedían por Ahmed: « Si deajo aquí, les preguntó, á un hombre « que puede levantar treinta mil soldados con un « gesto, y este hombre se fortifica en Koniah, cuando « yo me haya ido, ¿qué resultará en favor de mis « soldados? »

Afestiguando el silencio al gran visir que la pregunta no tenia réplica satisfactoria: « Abrid otro po- « zo, » dijo á sus chiaux, « y sepultad á ese hombre, « demasiado poderoso en la tierra que ha usurpado. »

En la ciudad de Angora, entre Koniah y Alepo, Murad-bajá exterminó igualmente á Kalender-Oghli, teniente de otro rebelde, y á treinta hombres de su escolta haciéndolos asesinar aisladamente entre las sombras de la noche por los dueños de las casas en que se hallaban alojados.

Djanbulad aguardaba á Murad con cuarenta mil kurdos aguerridos en las Puertas de Hierro, entre la Siria y la Caramania. El gran visir lo flanqueó por otro camino y le presentó la batalla en la llanura de Siria, llamada la *Llanura de los pichones*. Los genízaros, llenos de arrogancia con su superioridad y sus armas, derrotaron con una carga la muchedumbre de los kurdos, bautizados por ellos con el mote despreciativo de *langostas del desierto*. La batalla se pro-

longó únicamente por la carnicería implacable de los prisioneros: miles de cabezas fueron amontonadas por los verdugos formando pirámides. El caballo árabe de Djanbulad lo llevó de una carrera hasta Alepo. Los habitantes, informados de su derrota, lo echaron de la ciudad al dia siguiente tirándole barro á la cara, y degollaron en las calles y en los jardines dos mil de los suyos, que trataban de seguir los pasos de su jefe.

No aguardó Damasco la llegada del gran visir para echar á los kurdos de la ciudad. Los spahis tomaron en ella sus cuarteles de invierno; tropas numerosas atravesaron el desierto para reforzar contra Schah-Abbas la guarnicion de Bagdad, á las órdenes de Cicala el genovés, hijo del renegado, que habia cambiado su nombre por el de Mohammed-bajá. Con solo presentarse ante las puertas de Bagdad, Cicala hizo huir á los insurgentes que la ocupaban. La barca demasiado cargada en que cruzaba su caudillo el Tigris para refugiarse en Persia, se sumergió con él.

II

Mientras que el gran visir exterminaba los restos rebeldes que encontraba, Djanbulad, que se habia

salvado en una barca del puerto de Latakie, iba disfrazado á confiarse á la generosidad del mismo sultan.

Habiendo pedido y alcanzado su perdon, de Achmet I, el jefe kurdo distrajo durante ocho dias al sultan con la narracion de sus hazañas y aventuras. Seguro de él el jóven padischah, le concedió el gobierno de Temeswar en Hungría, para servirse contra sus enemigos de Europa del brazo que habia conmovido tanto tiempo el imperio en Asia. Un hermano menor de Djanbulad, que fué mas tarde favorito de otro sultan, entró en el cuerpo de pajes del serrallo. Pero apénas habia tomado Djanbulad posesion de su gobierno de Temeswar, el gran visir, sin consideracion al favor imprudente de su soberano, mandó extrangularlo á sus propios soldados, que se avergonzaban de ser mandados por un aventurero kurdo.

III

El gran visir retrocedió sobre sus pasos para atacar en las inmediaciones de Brusa á otros dos caudillos rebeldes, á Kalender-Oghli y á Karayazidji, hijo del

primer motor de estas largas sublevaciones del Asia. Kalender-Oghli, que habia provocado al sultan en las llanuras de Nicomedia, no quizo oir ninguna proposicion de acomodamiento.

« La muerte de Djanbulad, » dijo la víspera de la batalla á los capitanes reunidos en consejo de guerra, « nos revela claramente la sinceridad de los « otomanos. Su orgullo se ha abatido muchas veces « por espacio de quince años bajo el peso de nues- « tros sables; ellos reinan nominalmente en sus pro- « vincias de Asia, nosotros reinamos de hecho : Ai- « din, Koniah, Angora, Sarukhan, las montañas y « las costas de la Caramania son nuestras fortale- « zas; el botín de sus ciudades es nuestra herencia. « Hasta ahora podiamos transigir ó contemporizar « con ellos; la guerra encarnizada es ya nuestra « única política; nosotros vencerémos, repelerémos « hasta el mar de Mármara á ese visir decrepito « que asesina pero no combatê; y si la fortuna fuese « favorable á este hombre astuto, ¡enhorabuena! « nos bastará que la narracion de nuestras hazañas « pase de boca en boca, ¡y que nuestros nombres sean « como ellas inmortales! »

La accion, empeñada en el desfiladero de Geksun, correspondió á la feroz energía de esta arenga. Los egipcios y los spahis del gran visir flaquearon un

momento cargados por los veinte mil caballos de Kalender-Oghli. La victoria se inclinaba del lado de los rebeldes. El viejo Murad-bajá, á pesar del peso de los años, se metió con su caballo en el tumulto, desenvainó un sable indio, corvo y bendecido, que los árabes del Yemen le habian dado cuarenta años ántes, hizo con él tres signos cabalísticos en el aire y cayó con una nube de genizaros sobre los ginetes enemigos.

Afrontados por esta carga y cercados á los costados por la infantería que Murad habia ocultado detrás de las rocas, los rebeldes se replegaron á su vez, y cortados por las tropas que el gran visir habia situado hábilmente en las gargantas, dejaron quince mil muertos en los desfiladeros de Geksun. El resto logró retirarse con Kalender-Oghli á las montañas de Armenia, en Persia, en dónde Schah-Abbas los admitió en su ejército con condicion de que abjurasen la secta de Omar.

IV

Pero la rebelion recogía sus dispersas fuerzas. Otro jefe de los kurdos, llamado Maimun, hermano de

Khali *el Largo*, expulsado de Bagdad por Cicala, llegaba á Tokat con diez mil combatientes para incorporarse con Kalender-Oghli, cuya derrota ignoraba.

Murad-bajá, olvidando de nuevo sus noventa años y recobrando, ya que no la fuerza, la audacia de la juventud, dejó su infantería en Geksun, y volvió con doce mil caballos escogidos á Tokat para destruir este nuevo germen de sublevacion entre la Persia y la Caramania. Llevando únicamente por todo equipaje una tienda de verano y una alfombra para orar, se anticipaba en la marcha á los mas lijeros de sus escuadrones. Agoviado por los años, el cansancio y la enfermedad, pero sostenido por su alma, se le veía en los altos del mediodía hacerse apeaar de caballo, semejante, dicen las narraciones de esta campaña, á un cadáver vivo, permanecer algunos minutos inmóvil, tendido al borde del camino, como si le faltase la vida, en seguida llamar á sus servidores, y hacerse de nuevo poner sobre su caballo, manejado por él con el vigor de un mancebo.

Por fin alcanzó á Maimun cerca de Siwas, en los desfiladeros de Baiburd, y despues de una lucha desesperada limpió de rebeldes la Caramania. Diez mil cabezas se levantaron en pirámides en el lugar del combate, desde donde blanquean todavía la madre de un torrente.

El bajá de Diarbekir, Nassuh, llamado por Murad mucho tiempo hacia, se unió á él en Baiburd. Este bajá, que era al mismo tiempo visir de la Puerta, llevaba un ejército numeroso y magníficamente equipado, pero un poco tardío, al gran visir. Sentóse en su tienda de verano en una alfombra usada para ver desfilar al ejército de Nassuh, seguido de sus caballos, sus armas y su lujoso aparato.

Al aspecto del gran visir, Nassuh se apeó respetuosamente, se arrodilló y besó, según la costumbre, el pié del anciano. Murad, aunque irritado interiormente, besó los ojos al general, se levantó, le cogió la mano y lo condujo con muestras de favor al interior de su tienda. No quería debilitar con reprensiones públicas el respeto que deben tener los soldados á sus jefes.

Pero cuando los dos visires se ocultaron á las miradas de sus tropas :

« ¿Porqué, » dijo Murad á Nassuh, « vienes tan tarde? Tu ejército, gracias á mi cuidado, puede hacer tiempo entrar en campaña; tú sabias que no tengo mas soldados que los que llevó todos los dias al combate contra enemigos renacientes, de Tokat á Alepo, de Alepo á Brusa. El camino de Diarbekir en Siria no era largo. ¿Por ventura no has querido venir á incorporarte conmigo despreciando mi

« barba blanca? En ese caso, tu desprecio recaeria mas sobre el padischah que sobre mí. Si me hubiesen vencido, ¿hubieras resistido tú solo á Kalender-Oghli, á Yazidji, á Maimun, á Khalil *el Largo*? ¿Si pidiera un fetwa al muftí para decidir acerca del castigo que merece el jefe de un ejército musulman que deja derrotar á otro mas débil que el suyo, ¿qué diria el fetwa?..... »

Nassuh, confundido, bajó la cabeza, comprendiendo que el fetwa pronunciaría la sentencia de muerte.

« Hijo mio, repuso el anciano; la mano del sultan es larga; si te enviara una de las seis colas de caballo que has venido á plantar poco hace delante de mi tienda, ordenándote entregar las tres que te siguen, y quedarte de simple beg, y aun si mandase que te quitaran la vida por traidor, ¿qué podrías decir para justificarte? »

El silencio de Nassuh-bajá pareció ablandar al gran visir, que se limitó á hacerle temer por su cabeza, y fingió perdonarlo. Nassuh salió de la tienda revestido con el castan de honor, y fué acompañado hasta su campamento por una escolta digna de un visir. « El perdon, » dijo Murad viéndolo montar á caballo, « es la limosna de la victoria. »

V

Su vuelta á Constantinopla, á través de las provincias pacificadas, le valió el título de *Gran justiciero*, de *Espada del imperio*, de *Restaurador de la monarquía*. Sus venganzas eran tan rápidas é inesperadas como sus victorias. Los que habian tomado parte en las rebeliones debian temblar en su presencia.

Emir-Schah, beg de Begschyri, fué extrangulado en medio de un festin á que lo habia convidado para felicitarlo por su reciente sumision. Miétras que los convidados comian el arroz que se sirve en todas las comidas á los turcos, un paje echó un cordon al cuello de Emir-Schah, y lo apretó á dos manos con tanto vigor, que los granos de arroz saltaron de la boca y de las narices del ahorcado á la mesa.

La severidad lo atribulaba, decia él, pero la consideraba como una de las virtudes que exige el cielo á los visires. A cada paso recitaba los versículos del Corán, que fortalecian su debilidad. Antes de combatir se apeaba de caballo, extendia los brazos sobre

el suelo, mojaba la tierra con sus lágrimas, la amasaba en sus manos y se la ponía en la cabeza y la barba blanca. « No me humilles todavía hoy, Señor, » decia en alta voz, « no me abandones, á mí « que soy tu servidor, en el combate contra los im-
« píos; compadécete de mi vejez; tú conoces mis in-
« tenciones por la salud de la fé y del imperio. » La sangre que derramaba le parecia un tributo que exigía el cielo.

Un dia que, segun su costumbre, hacia perforar un pozo, en donde se apilaban los cadáveres de los rebeldes ajusticiados, vió á un spahis que pasaba á caballo con un jóven á la grupa. Llamó al spahis é interrogó al muchacho; « ¿ Cómo te hallabas en el « campamento de los rebeldes? »

El jóven, con la sencillez de su edad, respondió que no teniendo su padre pan que darle, se habia visto obligado por el hambre á alistarse.

« ¿ Qué oficio tenia tu padre? » preguntó el visir. — « Tocador de laud, » respondió el prisionero. — « ¡ Ah! ¡ ah! » repuso Murad con cruel sonrisa, « ¿ es « decir que excitaba el valor de los rebeldes contra « los fieles? » y mandó á los chiaux que mataran al hijo por el oficio del padre.

Los chiaux, enternecidos por la edad, la figura, la inocencia y las lágrimas se negaron á cumplir la

orden. «¿ Porqué hemos de matar á ese muchacho?» dijeron.

Los genízaros rehusaron con la misma repugnancia: «¿ Somos nosotros verdugos, exclamaron, y se-
« remos mas bárbaros que los verdugos, ¡ que se nie-
« gan á mojar sus manos en la sangre de este mu-
« chacho! »

Murad se volvió hácia los pajes, que huyeron horro-
rizados, y se quedó solo con aquella criatura.

« ¡ Pues bien ! » dijo el implacable viejo, en quien
noventa años no habian mitigado el fuego fanático,
« Yo mismo seré el verdugo de la fé. » Cogió al
niño en sus manos temblorosas, lo extranguló al
borde del pozo, y lo precipitó sobre el monton de ca-
dáveres, que le llenaban.

« Cobardes musulmanes, » gritó á los aterrados
circunstantes, « sabed que los rebeldes como Kalen-
« der-Ohgli y Kara-Said, no han salido del vientre de
« sus madres con un caballo entre las piernas y un
« sable pendiente de la muñeca: todos han sido ni-
« ños como ese, educados como él en el crimen,
« adiestrados para el pillaje y el asesinato por sus
« padres; ese niño ha mamado á sus principios, y
« aun cuando volviera á comenzar mil veces su edu-
« cacion, la perversidad natal es tanta, que jamás
« se borraría en él; de ese modo, » añadió indicando

el pozo en que habia arrojado su victima, « de ese
« modo es preciso extirpar las raices del mal. »

En seguida recitó una sentencia árabe de los ha-
bitantes del Yemen, á quienes debia su fanatismo,
concebida en estos términos:

« Que una vez que se llega á mucha altura, y que
« se saltan abismos de roca en roca persiguiendo el
« antilope, el cazador no puede ménos de deslizarse,
« si no se hiere los piés para hacer ménos resbaladiza
« la piedra con su sangre. »

VI

Su vuelta á Constantinopla fué triunfal; entró allí
precedido por cuatrocientas banderas cogidas á los
rebeldes de la Arabia, de la Siria, y del Asia Menor.
Cada una de estas banderas llevaba inscrito el nom-
bre de uno de los jefes de las facciones que habia
destrozado, treinta mil cabezas de soldados habian
sido enviadas á Constantinopla durante la campaña;
otras treinta mil marcaban con pirámides de cráneos
los sitios en que Murad habia destrozado sus tropas;

cien mil enemigos quedaban enterrados en los pozos colmados de cadáveres.

Los despojos de estas expediciones fueron puestos por el visir á los piés del sultan. El defterdar Baki-bajá, tesorero del imperio que no habia traído mas que un millon de ducados recogidos en las poblaciones insurreccionadas de la Siria, fué encerrado en el castillo de las Siete Torres.

VII

Achmet I, cada vez mas satisfecho de su visir, despues de haberlo experimentado tan felizmente como guerrero, le empleó de nuevo como negociador en las dificultades á que dió origen entre el Austria y la Puerta la muerte de Bocskai, rey tributario de Hungría.

En virtud del tratado de Sitvatorok, la Transilvania debia convertirse en reino independiente cuando muriese Bocskai, que reinaba en las dos provincias. A su muerte, atribuida á un crimen, la nobleza de Transilvania, sórdamente provocada por el Austria, eligió por soberano á Rakoczy, hombre popular y

turbulento, que aspiraba al trono. Los austriacos se apresuraron á reconocerlo; la Puerta reclamó su privilegio de investidura, y nombró por su parte á Homonai, otro señor transilvano, príncipe reinante del país.

Despues de una larga negociacion interpretativa del tratado de Sitvatorok, el Austria pagó un presente de dociientos mil ducados á la Puerta. La Polonia estrechó con otro nuevo tratado los lazos de amistad y dependencia que la ligaban al imperio otomano. Comprometióse á cubrir la Moldavia contra los cosacos, aliados independientes de la Rusia. La Puerta por su parte renovó su promesa de protejerla contra los tártaros. Los polacos contrajeron la obligacion de pagar un tributo á los turcos.

El gran visir, apesar de su edad, meditaba cómo vengarse de Schah-Abbas, que humillaba tantos años hacia las armas otomanas. Obtuvo del sultan la autorizacion de llevar el ejército á la frontera de Persia; pero ántes de partir quiso libertar al Asia de un antiguo caudillo amnistiado de las facciones de Asia, llamado Yusuf-bajá:

« Tú eres un buen hombre, le escribió, sé que gobiernas con justicia á tus antiguos compañeros de armas; ¿ porqué pues se cita tu nombre entre los de los servidores dudosos del imperio? si enviase

« tropas contra tí, acabarias por arrepentirte. El poder viene de Dios, y ninguna rebelion puede prevalecer contra él; Djanbulad, Kalender-Oghli, Kara-Said eran mas temibles que tú; donde están ya? Juro por el cielo, que no tienes nada que temer del sultan; entramos en campaña por orden suya contra la vieja cabeza-roja, el persa; ven á mi campamento de Scutari; besarás la mano del padischah; recibirás mis instrucciones para afianzar, durante la guerra que voy á hacer, la fidelidad y la paz en Asia; consulta con los sabios; tú debes saber lo que conviene mas; reflexiona y respóndeme. »

Despues de haber consultado á sus amigos, Yusuf creyó que la obediencia era para él cosa mas segura que la vacilacion; partió pues con una escolta en direccion de Scutari. El sultan habia trasladado allí su serrallo á su kiosko de verano para presenciar la reunion y la partida de las tropas. Ignoraba el plan de Murad, y extrañaba su tardanza en ponerse en marcha. Cansado de dilaciones, escribió un kattischerif ordenando á Murad que partiera al punto. Murad acudió á palacio y reveló á Achmet el premeditado homicidio de Yusuf-bajá. El sultan aprobó la traicion de su visir.

Yusuf llegó por fin al campamento. Plantó sus

tiendas no léjos de las del gran visir. Murad le recibió como á un huésped vivamente esperado; lo hizo sentarse en su alfombra enfrente de él, rodillas contra rodillas; lo colmó de presentes, que alcanzaron también á su escolta, y lo condujo al palacio de Scutari para que besara la mano al sultan.

Tal recibimiento tenia por objeto el tranquilizar acerca de la lealtad del gran visir á otro jefe sospechoso de las poblaciones de Asia, amigo de Yusuf, llamado Musselli-Tschausch, á quien queria hacer caer en el mismo lazo.

Despues de haber residido un mes en Scutari, Yusuf, llamado á la tienda de Murad-bajá, recibió en ella la investidura del sandjak opulento de Magnesia. Este inexplicado favor pareció exorbitante al divan.

« Ved, » se decian unos á otros los visires y los bajás, « ved á ese viejo que, con el pié en el sepulcro, arruina el tesoro dando á un antiguo rebelde el premio debido á la constante fidelidad. »

El mismo sultan, asediado por las murmuraciones de sus cortesanos, acabó por creer en la debilidad mental de su primer ministro : « Lala mio (padre mio), » le escribió un dia, « estás muy viejo, y no puedes hacer ya la guerra, indicame pues en tu respuesta á quien quieres que nombre seraskier,

« (generalísimo), ó parte tú mismo ántes de tres
« dias. »

En vez de contestar, Murad-bajá se dirigió al palacio y pidió al sultan que le diera tiempo para consumir su plan de exterminar de un solo golpe los dos caudillos peligrosos del Asia ántes de salir de Constantinopla. Un emisario del gran visir, Sulfikar, habia ido en nombre suyo á esperar á Musselli-Tschausch. Deslumbrado con la perspectiva del favor, Musselli lo siguió á Koniah. Miétras lo embriagaban con honores y vino en los deliciosos jardines de Meram, cerca de esta ciudad, Sulfikar lo hizo asesinar en un banquete, y envió su cabeza á Scutari con una escolta de diez correos.

« ¡Alabado sea Dios! » exclamó Murad recibiendo esta cabeza y mandando que fuese expuesta al dia siguiente delante de su tienda. Ocultóla hasta la aurora, é invitó á Yusuf á que viniese á almorzar con él.

Despues de hecho el servicio : « Querido hijo mio, « dijo el anciano á su víctima, tú conoces cuanto te « amo, sabes que no puedo tomar el café sin tí; sen- « témonos pues detrás de mi tienda para gozar de « nuestra libertad, porque, si Dios quiere, mañana « nos separaremos para siempre. »

Miétras que se dirigian hácia el árbol á cuya som-

bra se habia extendido el tapíz del desayuno, el jefe de los eunucos del gran visir se acercó, é inclinándose ante su señor : « El beg de Awlona, le dijo, acaba de llegar al campamento, y desea veros, ¿ qué « debo responderle? — ¿ No puedo, pues, dijo el as- « tuto viejo con aparente impaciencia, tener una « hora de tranquilidad? Voy á recibir al beg. Entre- « tanto, añadió dirigiéndose á sus kyayas y agas, « vosotros, sentaos aquí miétras vuelvo, y haced « compañía á mi hijo Yusuf. »

Yusuf se sentó para desayunarse con los agas, y comenzó á almorzar miétras volvía su huésped, pero un sirviente, presentándole con una mano un plato de piés de carnero, le hundió con la otra su turbante hasta los ojos; otro le cogió las dos manos y un tercero le derribó la cabeza de un sablazo. Su cabeza ensangrentada, reunida á la de Musselli, fué expuesta en la punta de una pica delante de la tienda del banquete. Su cadáver, tendido sobre la yerba consternó á los compañeros de Yusuf.

Esto no obstante, el visir no se ponía todavía en marcha, porque queria dejar otras impresiones de terror en los ánimos de los servidores dudosos de la monarquía. El mismo almuerzo debia servir para dos asesinatos; el defterdar Etmekdjizadé, cuyo celo le habia parecido sospechoso en Siria, habia sido in-

vitado por él á los mismos honores y atraído al mismo lazo.

Al atravesar el Bósforo en un caique, Etmekdjizade vió una barca desconocida acercarse á la suya; uno de los remeros le arrojó un billete anónimo que le revelaba su peligro. Mandó á los de su barca que volviesen á Constantinopla. La carta era del mismo sultan, que estimaba al defterdar; y que no habia podido vencer la inflexibilidad de su gran visir.

« Señor, escribia el defterdar, lleno de terror, al
« sultan, ¡socorredme! libradme de las asechanzas
« de Murad; dad mi empleo á otra persona, yo le
« abandonó mis tiendas, mis caballos, mis equipajes,
« ántes que volver al campamento, en donde solo me
« aguarda la muerte. »

Achmet I intentó de nuevo libertar al defterdar de la cólera de su ministro. Llamó á Murad al palacio de Scutari. « Siéntate, lala mio, le dijo con bondad,
« tú eres viejo, y yo venero tus años. — Tu esclavo
« no lo consentirá, respondió Murad prosternándose,
« porque conoce muy bien sus deberes. — Tengo que
« pedirte un favor, continuó Achmed. ¿Toca al señor
« rogar al esclavo? replicó el anciano. — Sí, te su-
« plico, repuso el sultan, concédeme la vida del def-
« terdar, que quieres matar; mañana se presentará
« voluntariamente en tu tienda, perdónalo y déjalo

« vivir. — Acato la orden de mi señor, dijo, y se vol-
« vió á inclinar. »

El defterdar fué perdonado, pero los cuatro pajes del serrallo encargados de llevarle el aviso secreto que lo salvó, fueron estrangulados.

La campaña de Persia y la partida del ejército, que no habian sido mas que un ardid de Murad, fueron aplazadas para el año siguiente. El gran visir, permaneciendo en Scutari, habia vencido sin pelear. El jefe de los eunucos negros se atrevió á murmurar delante del sultan de la inaccion del viejo que habia cansado al ejército, decia él, y perdido un año:

« Calla, desgraciado, le contestó Achmet, ¿cómo
« te atreves á criticar al mas hábil de los visires?
« Murad es viejo, pero un soldado valiente de la fe,
« un ministro consumado por su talento y su expe-
« riencia; su cabeza me ha servido tanto como su
« brazo, me ha reconquistado el Asia desde su tien-
« da; su pensamiento me sirve como un ejército; no
« digas otra palabra mas contra él; que parta ó que
« se quede, él obra siempre bien. »